

PATRICK GIRARD

# ABDALÁ

El *Cruel*



algaida  
histórica

Título original: *Abdallah le cruel*

Primera edición: septiembre, 2009

© de la edición francesa: Calmann-Lévy, 2007

31, rue de Fleurus. 75006 Paris

© de la traducción: Elena Bernardo, 2009

© de esta edición: Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-245-6

Depósito legal: M-32.627-2009

Impresión: Lavel Industria Gráfica, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

CAPÍTULO I .....	11
CAPÍTULO II .....	55
CAPÍTULO III .....	91
CAPÍTULO IV .....	121
CAPÍTULO V .....	161
CAPÍTULO VI .....	199
CAPÍTULO VII .....	237
CAPÍTULO VIII .....	275
CAPÍTULO IX .....	307
CAPÍTULO X .....	349
ÍNDICE DE PERSONAJES .....	383
ÍNDICE DE LUGARES .....	387



*Para Martine, Anna y Olivia*



## CAPÍTULO I

**L**A FIEBRE MALIGNA QUE PADECÍA ABDERRAMÁN II dio alas a las especulaciones sobre su sucesión. El emir había cometido el grave error de no designar al hijo que habría de seguirle en el trono y, en consecuencia, cada uno de ellos podía considerar que tenía derecho a exigir la corona para sí. A los más audaces les incitaban sus allegados; tal era el caso del príncipe Abdalá. Su madre, Tarub, vivía recluida en sus aposentos desde que intentó envenenar al emir con la complicidad del gran eunuco, el *fatá al-kabir*<sup>1</sup>, al-Nasr, y halló en sus intrigas una manera de vengarse por las privaciones que había tenido que soportar. Estaba decidida a todo para conseguir que su hijo fuera el nuevo señor de al-Ándalus. Sin embargo, no ignoraba que el hermanastro de Abdalá, el piadoso y apacible Mohamed, gozaba del favor de los cordobeses.

En su ansia por ver colmadas sus aspiraciones, Tarub convocó a los eunucos y les ordenó que la avisaran en

---

<sup>1</sup> Sobre este episodio véase: Patrick GIRARD, *Tarik o la conquista de Alá*, Sevilla, Algaida Editores, 2009.

cuanto muriera el soberano; para tener la certeza de que iban a obedecerla les recordó los favores con que les venía colmando desde hacía años, pues si bien los abastecedores de la corte la conocían por su cicatería, Tarub también sabía mostrarse generosa con quienes estuvieran dispuestos a secundarla en sus artimañas.

Sus servidores, que no querían enfrentarse a su venganza en el caso de que alcanzara la meta que se había propuesto, entendieron perfectamente sus intenciones y, tanto por agradecimiento como por cálculo, hicieron gala de un gran celo y prohibieron a todo el mundo el acceso a los aposentos del moribundo. Cada tarde mandaban cerrar las puertas del alcázar, y no dejaban entrar más que a los criados o a los oficiales en los que tenían plena confianza. Abderramán II, privado de visitas e inconsciente en su cama, exhaló su último suspiro el 3 de rabi I de 288<sup>2</sup> a última hora de la tarde.

La noticia se guardó en secreto, para que los funcionarios que abandonaban el palacio al término de su jornada de trabajo no pudieran extenderla por la ciudad. Sin

---

<sup>2</sup> El 22 de septiembre de 852. El calendario musulmán es un calendario lunar que tiene doce meses de 29 o 30 días. El primer mes es el de moharrán. La datación de los acontecimientos empieza a partir del 1 de moharrán del año 1, que corresponde a la fecha de la hégira, es decir el 16 de julio de 622 después de Cristo, fecha de la marcha de Mahoma y sus fieles de La Meca a Medina. Cada año empieza de media 10,87 días antes que el anterior. Los doce meses del año musulmán son moharrán (30 días), safar (29 días), rabi al-awal o rabi I (30 días), rabi at-tanit o rabi II (29 días), yumada I (30 días), yumada at-tania o yumada (29 días), rayab (30 días), shabán (29 días), ramadán (30 días), shawal (29 o 30 días) dhu al-qada (30 días) y dhu-l-hiyah (29 o 30 días).

embargo, contrariamente a la promesa que le habían hecho, no se informó a Tarub del fallecimiento del emir. Al caer la noche, los eunucos se reunieron en el amplio salón al-Kamil<sup>3</sup>. Allí, el sucesor de al-Nasr, de nombre Sadun, anunció con una voz que no dejaba traslucir la menor emoción:

—¡Compañeros! Ha ocurrido un acontecimiento ante el cual todos, grandes y humildes, somos iguales. Alá ha llamado a su seno a su siervo, nuestro bien amado señor. ¡Que Dios os conceda la mejor de las suertes bajo la autoridad de nuestro nuevo amo!

Algunos se echaron a llorar, lo que les valió una severa reprimenda de su jefe:

—No es ésta ocasión para llorar; ya tendréis tiempo luego para lamentaciones. Pensemos ahora en lo que hemos de hacer, en favor de nuestros propios intereses y de los musulmanes en general. Una vez que hayamos tomado nuestra decisión, lloraremos. Por ahora, hemos de elegir a aquel que ha de suceder al difunto. El primero de los príncipes al que avisemos del fallecimiento será el que ascienda al trono. Yo tengo una idea, y también un candidato, pero antes quiero oír vuestra opinión.

Los gritos recorrieron la sala:

—¡Que sea Abdalá, el hijo de nuestra bienhechora, que nos ha colmado con tantos favores!

—¿Alguien está en contra de esa designación? —preguntó Sadun, como si estuviera buscando un aliado para oponerse a esa elección.

---

<sup>3</sup> En el salón llamado de la Plenitud o de la Perfección.

Uno de los eunucos de mayor grado se adelantó. Abú al-Mufrich gozaba de gran prestigio entre los suyos. Era un hombre muy devoto que había peregrinado a La Meca, y su título de *hayyi*<sup>4</sup> le confería mayor autoridad. Tarub le consultaba con frecuencia, porque tenía el arte de allanar las dificultades y de no despertar la susceptibilidad de las concubinas. Con voz suave y persuasiva, explicó sus reservas:

—No quiero ocultaros que en el fondo de mi corazón me siento agradecido en extremo a nuestra princesa por los favores que personalmente me ha concedido. Sin embargo, por vuestro propio interés, he de ponerlos en guardia. Todos conocemos a Abdalá y a los cortesanos que le rodean. Son unos perversos y unos impíos notorios. Profanan a diario las leyes del santo Corán, y el pueblo de Kurtuba<sup>5</sup> les desprecia. ¿Acaso he de recordaros las fiestas escandalosas que el príncipe celebra en el palacio, incluso durante el mes de ramadán, y el estado en que con frecuencia le hemos hallado? Ebrio de vino, vacilante y vociferante, insultando y golpeando a aquellos que trataban de hacerle entrar en razón.

—¿Adónde quieres ir a parar? —interrumpió secamente Sadun.

—Este caso, y el papel que nosotros desempeñemos, pueden determinar la pérdida de nuestra influencia. Imaginad qué sucederá cuando mostremos en público que Abdalá ha ascendido al trono habida cuenta de que no

---

<sup>4</sup> Literalmente, «peregrino».

<sup>5</sup> Córdoba.

tiene ninguna de las cualidades exigidas para regir sus dominios. Casi puedo oír las protestas de la muchedumbre, azuzada por los alfaquíes<sup>6</sup>: «¡Malditos sean esos hombres, porque al disponer del gobierno de los musulmanes han escogido al peor de los príncipes y apartado al mejor de entre ellos, Mohamed!». No volveremos a estar seguros, pues habrá quien trate de hacernos pagar esa falta. En cuanto al hijo de Tarub, se mostrará ingrato con nosotros, y no vacilará si tiene que sacrificarnos para apaciguar a los descontentos, y ello hasta el día en que una revuelta le haga perder su corona.

—¿Qué propones? —preguntó Qasim, que era amigo de Sadun.

—Que pensemos en las cuentas que habremos de rendir a Alá Todopoderoso y Compasivo cuando abandonemos esta tierra. Todas nuestras riquezas serán bien poco comparadas con la enormidad de nuestra falta. Por eso es preferible que proclamemos emir al justo y virtuoso Mohamed. Ese era, además, el deseo de su padre, aunque para no disgustar a Tarub, y a diferencia de sus antecesores, nunca quiso designar a su heredero.

—¿Y qué podemos sacar nosotros de esto? —replicó Qasim—. La tacañería de Mohamed es proverbial; no nos ha hecho nunca el menor regalo, por pequeño que sea.

—No es eso lo que más cuenta; pensé haberlo dejado claro. Además, tiene excusas. Es un príncipe que vive lejos de la corte dedicado al estudio del Corán, de las ma-

---

<sup>6</sup> Dignatarios religiosos encargados de aplicar la doctrina malikí.

temáticas y de la historia. En lugar de llevar una vida disoluta, se ha preparado para su futuro cargo con toda discreción. Te quejas por no haber recibido de su parte ningún regalo, pero has de saber que no tenía medio de hacerlo. Tú lo ignoras, sin duda, pero hasta ahora se ha contentado con una pensión que es indigna de su rango. No temáis: cuando sea emir y disponga de los tesoros públicos, se mostrará más pródigo.

—A menos que trate de vengarse de aquellos que, en un momento, prefirieron a su hermano —dijo Sadun con retintín—. A buen seguro, habrá entre nosotros algún traidor que le informe de nuestra conversación, y su ira será terrible.

—Temes por Qasim y por ti; lo entiendo. Puedo garantizarte que hablaré en vuestro favor, y que no os sucederá nada malo.

—Te creo —dijo Sadun—, pero prefiero garantías más sólidas, Abú al-Mufrich. Por ese motivo, te ruego que me envíes a mí para avisar a Mohamed de la desgracia que le acecha y de la dicha que le espera. Sabedor de quién soy, y hacia quién iba mi preferencia, espero que se sienta conmovido y me conceda el perdón que humildemente le solicitaré.

—Te lo concedo gustoso. Pero antes, exijo que todos vosotros prestéis juramento de fidelidad al futuro emir sobre el santo Corán. ¡Ay del que cometa perjurio! El castigo divino sería terrible.

Los eunucos, asustados, juraron fidelidad al hijo mayor de Abderramán II. Quedaba avisarle sin levantar sospechas en Tarub y Abdalá. El futuro emir vivía fuera

del palacio y, para introducirle en él, habría que desviar la atención de los guardias y del portero, ibn Abd al-Salim, un hombre desconfiado por naturaleza y celoso de sus prerrogativas.

Sadun explicó su plan a Abú al-Mufrich: el difunto príncipe tenía por costumbre llamar todas las tardes a su lado a Leila, la hija mayor de Mohamed, cuyo parloteo le agradaba, y apreciaba su talento de cantora. Dado que quitando a los eunucos nadie estaba al tanto del fallecimiento, iría a buscar al heredero del trono, le vestiría de mujer y harían creer al portero que la «jovencita» había sido llamada por su abuelo.

Sadun salió del salón y, pasando por delante de los aposentos de Abdalá, que se hallaba rodeado por una alegre compañía, salió por la puerta de los jardines, cuya llave poseía. Acudió a la residencia de Mohamed, que le recibió con frialdad.

—¿Qué merece la sorpresa de tu visita a semejante hora?

—He venido a buscarte para conducirte al trono según el deseo de todos, pues tu padre, bendita sea su memoria, ya no está entre nosotros. ¡Que Dios le acoja en su misericordia! Aquí tienes el sello que te convierte en su sucesor.

Mohamed disimuló lo mejor que pudo la pena que sentía al recibir la noticia de la muerte de Abderramán, hacia quien siempre sintió un profundo afecto. En realidad, tenía miedo, mucho miedo. Sadun estaba al servicio de Tarub, y no se podía esperar nada bueno de aquel hombre pérfido, dispuesto a caer en cualquier bajeza y a

dejarse llevar por cualquier felonía. Sospechaba que le quería obligar a salir de su casa para que sus esbirros le asesinaran en una esquina. De modo que prefirió devolverle el sello:

—¡Oh Sadun, teme a Dios y no des libre curso a tu antipatía hacia mí para hacer que mi sangre se derrame! ¡Déjame! No quiero reinar. Dios ha hecho que la tierra sea lo suficientemente vasta como para que yo pueda ir a otro lugar en busca de reposo y olvido.

El eunuco se vio en la obligación de desplegar toda su elocuencia para convencer al príncipe de la buena fe de su embajada. Le contó con todo detalle la reunión mantenida en el salón al-Kamil, y el alegato de Abú al-Mufrich en su favor. Para disipar las últimas dudas de su interlocutor, añadió:

—Has de saber que yo mismo me ofrecí a venir a verte, y si he solicitado ese favor de mis compañeros, es por una única razón: reconozco haber cometido muchos errores contigo, y me prosterno a tus pies con el fin de pedirte humildemente perdón por mis faltas. Te suplico, noble emir, que apacigües en tu corazón el resentimiento que mi conducta ha podido causarte.

—No tienes nada que temer. Que Dios te perdone porque, para mí, ya estás perdonado. Ahora, si no ves inconveniente, voy a llamar a mi chambelán, Mohamed ibn Musa. Hablaremos con él sobre qué es lo más conveniente ahora.

Sadun explicó a los dos hombres la estratagema que habían ideado para ir a palacio. A Mohamed ibn Musa le pareció ingeniosa, pero tenía ciertas reservas:

—Tu plan implica riesgos. ¿Cómo logrará mi amo, incluso disfrazado, pasar junto a los aposentos de Abdalá, cuando sus guardias y criados están vigilando? Un traidor puede haberles avisado, y nos matarán.

—Todos mis compañeros han jurado sobre el Corán que no dirán nada hasta tu llegada.

—¿Qué valor tiene un juramento frente a la perspectiva de percibir una jugosa recompensa?

—Mucho más, si se ha hecho sobre el Libro. Respondo por mis compañeros. Ahora bien, entiendo tus escrúpulos y tu desconfianza. Basta con actuar como si no hubiera ocurrido nada anormal. Cuando la princesa acude al palacio, la acompañan los soldados de Yusuf ibn Basil. Pidámosle que venga, expliquémosle la situación, y a buen seguro, nos ayudará.

Pero el oficial, por prudencia, se negó a participar:

—Es un asunto en el que no debo mezclarme, porque nosotros no aceptamos órdenes más que de aquel que reina en el alcázar.

—Pero está muerto —le dijo Sadun.

—Eso es lo que tú afirmas.

—Yusuf —replicó Mohamed—, eres un hombre leal y respetas la disciplina, aun a riesgo de provocar mi ira. Sea. Prescindiremos de ti. Al fin y al cabo, quien nada arriesga, nada tiene. Subamos a nuestros caballos, ¡y que Dios nos ayude!

Mohamed se puso un traje de mujer, y se veló completamente la cabeza. Al llegar ante los aposentos de Abdalá vaciló un instante, pero se le pasó murmurando: «Ojalá saques partido a lo que estás haciendo

ahora; lo que hacemos nosotros tal vez nos sea de provecho».

Quedaba por franquear la puerta que daba acceso a los aposentos del emir. Allí estaba apostado ibn Abd al-Salim, un verdadero cancerbero. Se negó en redondo a dejar pasar al grupo pretextando que la mujer con velo no se parecía en absoluto a la nieta de Abderramán. Exigió que se descubriera, para gran furor de Sadun:

—¡Miserable! ¿Pretendes atentar contra el honor de una princesa cuyo rostro nadie puede ver?

—Sé quién se oculta tras ese disfraz. Es el príncipe Mohamed. Pero nadie ha venido a avisarme de que el emir deseara verle.

Dejando de lado la prudencia, Mohamed exclamó:

—Tienes razón. Soy yo, en efecto, y si estoy aquí es porque mi padre ha muerto. ¡Que Dios lo guarde en su gloria!

—¡El caso es entonces grave! —replicó el portero—. ¡No te muevas de aquí! No traspasarás esta puerta mientras yo no sepa la verdad.

Al cabo de un buen rato, el portero regresó. Había hablado con los eunucos, que le pusieron al tanto de su decisión. El portero era una persona muy devota, que consideraba a Abdalá como a un herético y un libertino, así que le dijo a Mohamed:

—Entra. Que Dios te sea propicio, a ti y a todos los musulmanes sobre los que reines.

Una vez que ocupó el cargo, Mohamed tomó todas las disposiciones necesarias. Tarub quedó retenida y vigilada en un ala distante del palacio, y se detuvo a los com-

pañeros de Abdalá. El príncipe, demasiado ebrio como para darse cuenta de lo que estaba pasando, fue conducido en plena noche, inconsciente, hasta al-Rusafa. Al amanecer, cuando llegaron al alcázar los dignatarios y los funcionarios, fueron llevados hasta la gran sala de audiencias, donde prestaron juramento de fidelidad al nuevo emir. Mientras, en la ciudad, el pueblo estallaba en manifestaciones de júbilo.

Temeroso de que su conducta de la víspera le valiera un castigo, ibn Abd al-Salim decidió huir. Le prendieron cuando trataba de salir del alcázar, y le llevaron ante el soberano. Pensaba que le iban a ejecutar pero en cambio recibió una importante cantidad de dinero, además de la felicitación del emir:

—Ayer actuaste con sabiduría, pues no pensaste sino en la seguridad de mi padre. Demostraste así ser digno de confianza. De modo que vas a mantenerte en tu puesto, y espero que te muestres siempre igual de prudente y escrupuloso.

Mohamed, llegado al poder por aquel extraordinario concurso de circunstancias cuando contaba 30 años, sabía que debía el trono a su devoción y a su rigor. Sus súbditos no musulmanes saludaron gozosos su advenimiento, pues estaban convencidos de que se mostraría tan conciliador como su padre. Sin embargo, la ilusión les duró muy poco, porque los alfaquíes de Kurtuba presionaron al monarca para que pusiera fin de inmediato a algo que, a su juicio, era un verdadero escándalo: la presencia entre sus consejeros más cercanos de nobles cristianos y de funcionarios

de esa religión que tenían la osadía de dar órdenes a musulmanes. Se convocó a los interesados, y se les puso ante una difícil disyuntiva: o convertirse al islam o renunciar a sus cargos y privilegios. En realidad, la medida solo apuntaba a un hombre, Gómez, conde de los cristianos. Era un aristócrata visigodo que llevaba años ejerciendo como canciller y responsable de la secretaría de Abderramán. Ese puesto le permitía mantenerse en contacto diario con el soberano, lo que le había valido no pocas enemistades y envidias. No era persona dispuesta a vender sus favores, y se negaba a dar prioridad a solicitantes que considerase indignos de ejercer las funciones a las que aspirasen. Era además muy ahorrativo con el erario público, y hacía oídos sordos a las peticiones de pensión, o de gratificación, cuando no le parecían justificadas. Los miembros de su propia familia se contaban entre los primeros que tenían motivos de queja por su severidad. No pocos cristianos consideraban que si no los favorecía era adrede, por miedo a que se sospechara que protegía a los suyos.

En realidad, Gómez amaba su oficio apasionadamente, y tenía una idea muy elevada del servicio al Estado. Era su única pasión, y se dedicaba a ella noche y día, hasta el extremo de no preocuparse apenas de la gestión de las vastas tierras heredadas de su padre, para mayor provecho de sus capataces, que tenían muchos menos escrúpulos que su amo. Cuando conoció el edicto de Mohamed, no lo dudó ni un momento. Al contrario que la mayoría de los suyos, decidió abjurar. El día en que la nueva medida entró en vigor, se presentó en el palacio con un certificado del gran cadí de Kurtuba según el cual tanto él

como los suyos habían pronunciado la *shabada*, la profesión de fe musulmana: «No hay más dios que Alá, y Mahoma es su profeta».

Su principal rival, Hasim ibn Abd al-Aziz, que soñaba con ocupar su puesto, puso en duda la autenticidad de la conversión, pero fue reprendido con severidad por el cadí, quien le recordó que en su propia familia había no pocos muladíes<sup>7</sup>, empezando por una de sus nueras y otro de sus yernos. El emir, consultado al respecto, se inclinó en favor del dignatario religioso e hizo que su consejero lamentara su conducta. La desconfianza hacia Gómez, sin embargo, no disminuyó después de su abjuración. Uno de los jefes árabes más influyentes de Kurtuba, Shaij Ibrahim ibn al-Kawtar, dirigió al emir una carta de insolencia inaudita:

*¡Qué extraordinaria sorpresa sentirán los califas abasíes de Oriente cuando sepan que los omeyas, en Occidente, se han visto obligados a confiar su alto secretariado y su cancillería a Gómez el cristiano, hijo de Antoniano, hijo a su vez de la cristiana Juliana! Quisiera saber quién te ha cegado hasta el extremo de no escoger a alguien más noble, que dé lustre al cargo y acceda a él por el privilegio hereditario de su nacimiento. Yo soy persona dispuesta a ocupar ese puesto. También lo son Hamid al-Zayyali ibn Muzayyin y Mohamed ibn Sofian; entre los militares se cuentan*

---

<sup>7</sup> Este término designa a los españoles convertidos al islam durante la dominación árabe.

*Abda ibn Abd al-Latif, ibn Abi Furaya, ibn Yawsin, ibn al-Asid y Hachach, hijo de Omar de Isbiliya, descendientes ambos de las familias de los califas más antiguos. Ellos honrarían los cargos que ejercieran y aun los beneficiarían, en lugar de recibir ellos los beneficios que corresponden. Elige pues al que más te plazca. Todos ellos son dignos de tu consideración.*

En otros tiempos, el emir habría mandado ejecutar al imprudente autor de semejante misiva, pero en este caso no reaccionó, porque la situación era tan sumamente tensa y confusa que no podía poner en su contra a los apoyos más fieles de su dinastía. Además, en el fondo de sí mismo tenía muy vivo el viejo sentido de la *asabiya*<sup>8</sup> y, aunque no las aprobara, las reacciones de indignación de sus hermanos árabes le parecían comprensibles. Aquellos valientes guerreros habían batallado tanto para ampliar el territorio en el que se invocaba cinco veces al día el nombre de Alá, que se consideraban merecedores de un trato de favor. Mohamed estaba muy orgulloso de ser el fruto de la unión de Abderramán y de una concubina árabe de pura cepa, Buheyr, que falleció al darle a luz. Él se cuidó de tomar por esposa a mujeres yemeníes, y no guardó rencor a Shajj Ibrahim ibn al-Kawtar por sus afirmaciones.

El emir tenía otras preocupaciones, infinitamente más importantes. Los nazarenos, al menos los más fanáticos, seguían calumniando al islam. Sus jefes se mostraban incapaces de detener ese movimiento. Los fieles de Tulai-

---

<sup>8</sup> Solidaridad tribal.

tula<sup>9</sup> acababan de elegir como obispo a aquel maldito Eulogio, el principal inspirador de esta sedición. El rey, airado, ordenó que detuvieran al obispo de Kurtuba, Saúl, de quien sospechaba que había alentado esa elección discretamente, en lugar de presentar a un candidato moderado. Mohamed dio además orden de que arrasaran el monasterio de Tábanos, un antro del diablo en el que se reunían los blasfemadores. También decidió aumentar la cuantía de los impuestos especiales exigidos a los *dim-míes*<sup>10</sup>, y lo hizo a pesar de su indignación y sus protestas, en especial las de los judíos, que estimaban que no tenían por qué sufrir las consecuencias de las provocaciones de los cristianos.

Las medidas adoptadas por el emir, lejos de calmar los ánimos, los enardecieron. Los cristianos más fanáticos de Kurtuba, privados de sus jefes —Eulogio, refugiado en Tulaitula, y Saúl, apresado en el alcázar—, perdieron el sentido de la prudencia y no aspiraron más que a una cosa: blasfemar públicamente sobre el Profeta con la esperanza de ser entregados al verdugo. Había un hombre que se mostraba especialmente activo, y era Paulo Alvar, un próspero negociante que se había casado con una de las hermanas de Eulogio<sup>11</sup>. Eran muy pocas las personas conocedoras de sus verdaderos orígenes, que ocultaba

---

<sup>9</sup> Toledo.

<sup>10</sup> En árabe, esta voz significa «protegido» y designa a los judíos y a los cristianos que, por ser «gentes del Libro» están autorizados a vivir en tierras del islam.

<sup>11</sup> Sobre este episodio véase: Patrick GIRARD, *Tarik o la conquista de Alá* (op. cit.).

como si fueran una tara: sus padres eran judíos, y él se había convertido en la adolescencia. Su familia había renegado de él, y guardaba silencio sobre ese acto de deshonra. El interesado, por su parte, actuaba como si hubiera recibido el bautismo en su más tierna infancia, y sus grandes conocimientos de latín y griego permitían suponer que procedía de una antigua dinastía patricia. Se creía que los suyos se habían establecido en Kurtuba poco después de su nacimiento, y que lo habían confiado a los padres de Eulogio; él se cuidaba mucho de no desmentir esta halagüeña creencia.

Paulo Alvar era un hombre muy culto, mucho más que algunos clérigos y obispos, y había adquirido la costumbre de reunir por las tardes en su casa a un pequeño grupo de fieles que él había escogido cuidadosamente. Entre ellos se contaban los monjes Fandila y Félix, las monjas Digna, Columba y Pomposa, el sacerdote Anastasio y dos hijos de familias nobles, Berildis y Aurelio. Estos «conjurados», como ellos mismos se llamaban en broma, apreciaban el lujo en que vivía su protector, y bebían su vino tanto como sus palabras. Paulo Alvar era un hombre muy engreído y muy convencido del prestigio que le daba su parentesco con Eulogio. Le gustaba interpretar las Santas Escrituras, así como los tratados de los principales padres de la Iglesia, de los que tenía una excelente colección. Sentía especial predilección por Montano, sobre quien obviaba el hecho de que Roma le había condenado por considerar su doctrina herética. Citaba de buen grado la revelación que este último pretendía haber recibido del Espíritu Santo en persona: «Desead no morir en par-

tos o en dulces fiebres, sino como mártires, con el fin de glorificarle, a Él, que ha sufrido por vosotros». Explicaba a sus oyentes que cuanto más perecieran denunciando públicamente la perfidia de los ismaelitas, más aminoraría el poder temporal que detentaban. En los momentos de exaltación, a veces repetía varias veces un pasaje de una carta escrita por Tertuliano al prefecto romano de Cartago: «Si crees que hay que perseguir a los cristianos, ¿qué harás con los miles de hombres y mujeres de toda edad y condición que se presentan ante ti? ¿Cuántos fuegos y espadas necesitarás?».

Berildis, que pese a su juventud no era menos letrado que él, manifestó ciertas reservas citando la opinión opuesta de Clemente de Alejandría: «Pues nosotros condenamos a aquellos que se han precipitado a la muerte. Las gentes que con tanta premura quieren hacerse daño no son verdaderamente cristianos, aunque compartan el nombre de cristianos. Afirmamos que esas personas se suicidan, sin alcanzar el martirio». La noche era dulce, y los asistentes estaban muy atentos. Paulo Alvar agradeció desde su fuero interno a su interlocutor la oportunidad que le ofrecía para exponer a los presentes todo lo que pensaba sobre la actitud de la Iglesia oficial cuando, durante el reino de Abderramán, aparecieron los primeros mártires y fueron condenados en un concilio presidido por el antecesor de Eulogio, el metropolitano Recafredo. Felicitó con tono meloso a Berildis por su erudición y prosiguió:

—Hermano, lo que dices me entristece y preocupa. Eres uno de los mejores componentes de nuestra comuni-

dad, y aprecio especialmente tu piedad y tu celo. Personas malintencionadas han intentado abusar de tu buena fe, y bien sé quién es su jefe. Cometes el grave error de confiar en Antoniano, el sacerdote de la parroquia de tus padres. Es un cobarde que escoge lo que más le conviene de nuestras enseñanzas. Omite mencionar algo que también dijo Clemente, y que tú a buen seguro conoces: «Los heréticos que entienden mal al Señor son impíos y viles por su deseo de conservarse en vida, y por eso el reconocimiento del Dios verdadero es para ellos el único martirio auténtico. Podemos estar de acuerdo con ellos en esto. Pero esos heréticos afirman que aquel que se confiesa así, por la muerte, es homicida de sí mismo y se suicida, e introducen en su discurso otras argucias hábiles para ocultar su cobardía».

—Sin embargo, esa es la postura que el metropolitano de Tulaitula, Recafredo, hizo adoptar a sus hermanos obispos.

—Dios me guarde de insultar la memoria de un difunto —suspiró Paulo Alvar con hipocresía—. Me congratulo de que nuestro amigo Eulogio fuera elegido para sucederle, pues él es infinitamente más digno que aquel para ejercer ese cargo. Recafredo temblaba ante la posibilidad de causar descontento al emir Abderramán, quien le colmaba de elogios y de suntuosos regalos. Conviene meditar sobre su vida, pues permite explicar la falta de energía y la tibieza que nos caracterizan. Los mismos fieles que sirven a los paganos en un destino que les liga al palacio, ¿no se han dejado llevar y contaminar por sus abominaciones? Miradles. No se arriesgan a rezar en pú-

blico ante los gentiles, ni a persignarse cuando bostezan, ni a afirmar ante ellos la divinidad de nuestro señor Jesucristo; si lo hacen es con palabras artificiosas a través de las cuales pretenden que Jesús es el verbo y el espíritu de Dios, mientras guardan su creencia oculta en su corazón. Y nosotros no solo encontramos excusas para todo eso, sino que además lo alabamos. Y si no detestamos como es debido a los cristianos que luchan contra los suyos para con ello halagar al emir y obtener puestos venales, lo que estamos haciendo es lanzar el anatema, y tratar de infames, en nuestras reuniones, a los hombres religiosos y llenos de celo que, como el profeta Elías, luchan por el verdadero Dios.

—No me hagas decir lo que no pienso —respondió Berildis—. Desprecio tanto como tú la traición de ese maldito Gómez, que ha renegado de su fe para conservar sus funciones de canciller.

—Arderá entre las llamas del infierno. Pero, siguiendo las abominables doctrinas de Recafredo, lo único que hacemos es actuar por miedo a un soberano terrestre, de cuyo poder nos veremos liberados un día, despreciando así el santo temor que deberíamos sentir ante el rey eterno, hacia quien estamos seguros de ser conducidos dentro de poco, y para siempre.

—¡No puedes poner en el mismo plano a un Gómez, que ha apostatado, y a un Recafredo, que murió tras haber recibido los sacramentos de la Iglesia!

—¡Sí! —gritó Paulo Alvar—, y me atrevo a añadir que el segundo es más culpable que el primero, pues nos ha obligado a ponernos en contra de los mártires de Dios,

y contra el mismísimo Jesucristo. Soy mayor que tú y he vivido los acontecimientos a los que aludes. Que el pueblo cristiano, nuestro pueblo, recuerde la furiosa tempestad que nos sacudió llevándonos a tomar armas rebeldes contra Dios y mancillando la gloria de los santos mártires. Quienes parecían ser las columnas y las piedras de la Iglesia llegaron a encontrar juez, sin que nadie les obligara, para infamar a los mártires de Dios en presencia de hombres cínicos o, más bien, epicúreos. Los pastores de Cristo, los doctores de la Iglesia, los obispos, los abades, los sacerdotes, los grandes y los magnates les han acusado en público de ser herejes, y al hacerlo profirieron libre y espontáneamente, sin indignación, lo que no debería decirse ni siquiera ante la amenaza de una sentencia de muerte. ¡Todos lo hicieron! ¡Pisotearon su propia conciencia, renegaron de su fe y, al calumniar a sus hermanos, se pusieron al servicio de la mentira!

»Si me lo permites, Berildis, vamos a comparar esas confesiones engañosas, las suyas y las nuestras —pues el hecho de seguir con vida nos sitúa en el mismo nivel en que se encuentran ellos— con las verdades de nuestros mártires. Cuando afirmaban lo que predica la Iglesia, nosotros les respondíamos con todo lo que mancilla a la cristiandad. Ellos maldijeron al falso profeta, y nosotros lo hicimos con los adoradores de Cristo. Ellos persiguieron a los infieles, y nosotros hemos perseguido fieles. Ellos se opusieron al diablo con decisión y audacia, y nosotros nos opusimos al Señor. Ellos se enfrentaron a un rey terrestre, y nosotros, al cielo. Ellos dijeron con sus labios lo que les decía el corazón, mientras que nosotros tuvimos

una certeza en la boca y otra en el alma. Ellos dieron testimonio de la verdad que confesaron mientras que nosotros, ¡qué miseria!, fuimos falsos y engañosos.

—No teníamos otra elección —objetó tímidamente Berildis, claramente resentido por los argumentos de su interlocutor.

—Al contrario. Si el error no ha de combatirse públicamente, ¿por qué ha venido entonces a la tierra nuestro señor Jesucristo? ¿Por qué fueron enviados los apóstoles, si no para destruir la ignorancia y a todos predicar el Evangelio?

—Eso fue al principio de la Iglesia.

—¿Ha de reducirse la prédica de la fe a los tiempos apostólicos? ¿No debe, por el contrario, extenderse a todos los siglos, hasta que todos los pueblos crean en el Evangelio de Dios? Los nuestros se han alzado por amor de Dios, ¿qué hay de malo en ello? Nuestros héroes han visto llegada la hora de la lucha. Armados con la cota de malla de la fe, se han entregado a una de las más honorables guerras y han acudido presurosos al campo de batalla para ganar la gloriosa palma de la victoria. Eran hombres obstinados y combativos, deseosos de emprender la lucha espiritual. No la esquivaron cuando se presentó ante ellos. No pudieron contener ese impulso, pues trataron de cumplir el mandato de Nuestro Señor. Por eso hemos de admirar y alabar su acción sublime, su fe ardiente y su celo, con el fin de que estalle el triunfo de la religión católica. Es mejor seguir su ejemplo, en lugar de imitar a los infieles calumniándoles. Quienes cometen ese abominable pecado son peores que los ismaelitas. Estos matan

con la espada a aquellos que consideran hostiles a su fe, mientras que los cristianos equivocados matan con sus palabras y sus opiniones a aquellos que profesan su misma fe. Los musulmanes les arrebatan la vida terrestre. Nosotros, al excomulgarles, privamos de la vida eterna a quienes más dignos son de ella.

Paulo Alvar saboreó el efecto producido por su larga perorata. Casi todos sus oyentes estaban llorando. Berildis, tratando de disimular su emoción, puso una última objeción:

—Es muy presuntuoso por nuestra parte pretender asimilarnos a los apóstoles. Ellos tenían que dar a conocer al mundo la Revelación que Cristo acababa de anunciar, mientras que nosotros hemos recibido esa gracia hace cientos de años. Hay en ello una diferencia considerable.

—Ahí precisamente reside tu error. La Iglesia de España ha tenido un pasado glorioso. Aurelio, aquí presente, cuenta entre sus parientes lejanos con el bienaventurado Isidoro de Hispalis<sup>12</sup>, autor de admirables tratados que leo y releo con sumo agrado. Él fue uno de los más excelso frutos del árbol del cristianismo en este país. Pero la horrible catástrofe que se ha abatido sobre nosotros, la llegada de Tarik ibn Ziyad y de sus feroces jinetes, nos ha sumido en la ruina y la desolación. Los ismaelitas se han apoderado de nuestras iglesias más importantes y las han convertido en lugares de perdición en los que se invoca al falso profeta. Nuestros hermanos que habían recibido el bautismo han profanado por millares el nombre de nues-

---

<sup>12</sup> Nombre latino de Sevilla.

tro señor Jesucristo y han apostatado. Los más orgullosos han buscado refugio en las montañas del norte, donde sus reyes han luchado, espada en mano, contra los infieles, con la ayuda de la bienaventurada Virgen María. Nuestros antepasados no fueron tan valientes. Prefirieron sus bienes materiales antes que la salvación de su alma, y aceptaron vivir bajo el yugo de paganos pagando un impuesto humillante, criándonos con las cadenas de la servidumbre. Nuestros obispos y abades nos han traicionado al ponerse al servicio del opresor. Aquellos que siguen siendo fieles a la verdadera fe y a las enseñanzas de los apóstoles se ven obligados —y nosotros somos buena prueba de ello—, a reunirse en secreto, como hacían los primeros cristianos cuando iban a escuchar la palabra de Pedro en las catacumbas de Roma. España, que antaño fue el orgullo de la cristiandad, es hoy la residencia que prefiere el demonio. Las deserciones van en aumento, y mucho me temo que de aquí a unos años no quede en esta tierra ni un solo cristiano. Porque no llamo cristianos a aquellos que rezan al Señor en árabe y han olvidado la santa lengua latina. Tampoco llamo cristianos a aquellos que aceptan someterse a los ismaelitas y se contentan con los escasos derechos que esa ralea satánica nos concede. Para mi gran pesar, he oído a Recafredo asegurando que los ismaelitas no son paganos en sentido estricto porque adoran a un Dios único y reconocen nuestros profetas y nuestras Escrituras. Ese cerdo inmundo se regodea en ello, y se muestra dichoso porque el emir tiene la bondad de permitirle celebrar los oficios divinos. No le choca que haya infieles que invoquen públicamente, en su presen-

cia, el nombre de su falso dios, y a su falso profeta —elevando la voz, Paulo Alvar inició su conclusión, fulminante—: se trata de una falta inexcusable. No puede haber paz entre nosotros y los ismaelitas. Hemos de destruir sus mezquitas, como los gloriosos soldados de la milicia de Cristo echaron abajo las estatuas de los emperadores y de las divinidades paganas. Dios nos juzgará según el rasero de nuestro celo, y no por el de nuestra resignación. El islam, junto con el judaísmo, es el peor enemigo de la cristiandad, y hemos de emprender contra él una guerra justa. Nuestros hermanos del norte tienen espadas. Nuestras únicas armas serán las palabras, cortantes como la espada.

Esta enardecida diatriba despertó el entusiasmo de sus discípulos. Arrojándose a sus pies, Berildis le suplicó que le perdonara sus objeciones:

—Dudé, porque el diablo ha puesto en mi camino falsos sacerdotes para seducirme. Me arrepiento amargamente y, para expiar esta falta, prometo ser el primero en perecer denunciando públicamente las abominables doctrinas de los ismaelitas.

El resto de los participantes, dejándose llevar por una exaltación fuera de lo corriente, también se ofrecieron voluntarios. Paulo Alvar, con el rostro bañado en lágrimas de gozo, explicó a sus oyentes cuál era su plan. Había que dar un golpe sonado. El obispo Saúl, que seguía encarcelado, le había hecho saber que concedería a los futuros mártires su bendición, y el perdón de todos sus pecados. De modo que tenían asegurado el cielo, donde el Señor les situaría a su derecha. Para impresionar a sus correligionarios y a los ismaelitas, tenían que actuar

de mutuo acuerdo y provocar tal escándalo que su gesto no pasara desapercibido.

Los conjurados establecieron cuidadosamente su plan. El primer viernes del mes de junio, Berildis se internó entre la muchedumbre que había acudido a rezar a la gran mezquita. Cuando las oraciones empezaron, él se quedó de pie e insultó a los fieles, que le apresaron. En ese momento, Anastasio y Félix, que también estaban allí, tomaron el relevo hasta que los guardias consiguieron atraparles. Les llevaron ante el cadí; fueron condenados a muerte y ejecutados esa misma tarde en al-Rasif, la explanada situada a la orilla del río. En el momento en que se alzaba la espada del verdugo, las monjas Digna, Pomposa y Columba exhortaron a sus amigos a dar muestras de constancia, y profirieron, en mal árabe, insultos abominables contra el Profeta. El gentío acabó con ellas; a la guardia le costó luego mucho trabajo impedir a la población que se librara al pillaje de iglesias y casas cristianas.

Aurelio no se había unido a sus amigos. Pasó toda la noche velando y orando, y la tensión nerviosa provocó en él una crisis. Desde la infancia padecía el mal sagrado, y cayó al suelo entre violentas convulsiones. Sus padres estuvieron cuidando de él. Estando en la cama tuvo un acceso de fiebre y empezó a delirar, afirmando que en breve él imitaría a sus amigos. Un criado musulmán lo oyó y le denunció a las autoridades, que mandaron detenerle con el fin de evitar un nuevo escándalo. Los padres de Aurelio tenían muchos amigos musulmanes a quienes habían prestado sumas de dinero considerables, y estos, sin pedir

nada a cambio, fueron a ver al cadí Aslam para solicitar su indulgencia y pedirle que recibiera a los padres del rebelde.

El cadí, considerando que un gesto de clemencia permitiría hacer olvidar el rigor de las condenas ya pronunciadas, escuchó con atención las súplicas de la madre de Aurelio, que había recibido una autorización excepcional para verle antes de la comparecencia ante el dignatario religioso. Sabedora de que su hijo sentía adoración por ella, le amenazó con atentar contra sus días si él se mantenía firme en su funesta idea. Al joven esa posibilidad le afectó mucho, y perdió parte de su fingida seguridad. Cuando se presentó ante Aslam, al cadí le bastó una mirada para entender que podría manipular a su gusto a aquel muchacho que tanto había presumido de sus fuerzas y, con un tono falsamente apiadado, le dijo:

—¡Pobre desgraciado! ¿Quién te ha metido en la cabeza venir a pedir tu muerte, sin haber cometido crimen alguno?

Aurelio trató de repetir lo dicho por Paulo Alvar y Berildis, ante quienes no se había atrevido a confesar que no siempre entendía lo que decían. Sin gran convicción, contestó:

—¿Cree el juez que, si me mata, estaré muerto?

—No me cabe en la cabeza cómo puede ser de otro modo.

—La muerte será una apariencia de mí que se habrá introducido en un cuerpo. Esa apariencia es lo que matarás. Pero yo ascenderé inmediatamente al cielo, donde viviré para siempre.